

Beneficiándose de su victoria, los sirios se apoderaron del puesto importante de Betsur. Luego sitiaron el templo y los barrios vecinos. La ciudad no se había abastecido y los judíos devoraron pronto los víveres. Para colmo de desdicha, el año 163 era sabático, de modo que se empezó a sentir hambre.

En la época de Antíoco Epifanio se habría tomado el templo y destruido con furia. Pero se empezaba a conocer lo deplorable de la política de aquel rey y se le censuraba por haber querido obligar a los judíos a cambiar de culto. Lisias profesaba aquella opinión y aconsejó al rey que mandase matar al sumo sacerdote Menelao, que había aconsejado a su padre tan fatales medidas. Tolomeo, hijo de Domeno (apellidado Macrón), que siempre había sido justo en sus relaciones con los judíos, aconsejó también un arreglo pacífico. Con el partido de Judas Macabeo no había manera de entenderse, pero aquel partido no tenía ya importancia, y su jefe había perdido el prestigio militar con la derrota de Beth Zakariah. Quedaba otro partido de judíos sinceros que no habían apostado, demostrando, si acaso, cierta debilidad, pero que no compartían las ideas radicales de Judas Macabeo. Éste quería la independencia de Judea y la expulsión absoluta de los sirios. Los moderados tenían suficiente con que se les concediera el derecho de vivir religiosamente a su manera. Como los sirios ilustrados eran de la misma opinión, la inteligencia era posible, y mientras seguía el sitio había negociaciones entre los moderados de ambas partes.

Por otra razón los sirios deseaban una capitulación honrosa. Filippo,

nombrado por Antíoco tutor de su hijo, reclamaba sus derechos y marchaba contra Antioquía. Lisias quería dirigirse libremente hacia el Norte y no exasperar a una nación que podía ser aliada suya. Se firmó la paz sobre la base de la libertad religiosa. Todos quedaron contentos, menos los partidarios de Judas, que querían una solución radical y tenían probablemente alguna mira dinástica.

El rey hizo destruir las fortificaciones del recinto del templo, y no quedó en Jerusalén más ciudadela que Akra. Esto produjo descontentos, pues se dijo que el rey o su gobierno había jurado que no se tocaría a los muros.

El problema del sumo sacerdote era muy delicado de resolver. El odioso Menelao seguía viviendo con su título oficial. Judíos y sirios le tenían mala voluntad, y Lisias decía a voces que había que deshacerse de él. Se ignora quién desempeñó el cargo durante la dictadura de Judas Macabeo. Se debió de respetar el título oficial de Menelao, aunque sin tolerar que ejerciese el cargo. Antíoco V le mandó llevar a Alepo, donde pereció por el cruel suplicio de la ceniza. Nombró en su lugar a un tal lakim, que siguiendo la moda de aquel tiempo tomó el sobrenombre de Alcimus (162). Hizo cuanto pudo por la paz en una época en que había llegado al grado sumo el odio entre los partidos.

Lo más detestado, en efecto, por el fanático, es la libertad. Desea el derecho de perseguir a los demás. Judas Macabeo permaneció alejado del nuevo régimen. Estaba en provincias alistando fanáticos para formar otro ejército. La máquina seléucida cada vez se desvencijaba más. Apenas pasado un año de la paz religiosa firmada en Jerusalén, bastó para promover una revolución el desembarco en Trípoli de Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, acompañado de escasas fuerzas. Lisias y su pupilo pecieron a manos de los soldados.

El gobierno de Alcimus en semejante situación, fue muy débil. Los dos partidos, helenista o moderado, y patriota o fanático, se encontraban frente a frente, como antes de la guerra, quejándose constantemente uno de otro. De Alcimus se decían toda clase de horrores. Aquel sumo sacerdote indigno, según los pietistas, no estaba rodeado más que de impíos y de apóstatas. Alcimus, por su parte, acusaba a Judas de que quería perseguir y matar a los amigos del rey. Desde los primeros días del reinado de Demetrio, llegaron tales quejas a Antioquía que motivaron el envío del comisario Báquidas, hombre de alta categoría, encargado por el rey de comprobar los hechos y de sostener con tropas la autoridad de Alcimus. El comisario sólo encontró oposición en Judas y sus partidarios. Los demás se prestaron a un arreglo amistoso y nada objetaron contra la legalidad del sacerdocio de Alcimus. Nadie sabe quién rompió las hostilidades. Los historiadores judíos, naturalmente, dicen que fue Baquidas, que prendió arbitrariamente a muchos que se le presentaron con las mejores intenciones, y mató de una vez a más de sesenta hombres, llenando pozos de cadáveres. La situación empeoró. El comisario regresó a Siria, dejando alguna tropa a Alcimus, que pasó el tiempo en una lucha perpetua. No era bastante fuerte para sostener el orden, y lo que con este fin hacía le quitó la popularidad. Sus adversarios afirman, no obstante, que los medios empleados por él no fueron antili-

berales. Trataba de captarse la benevolencia del pueblo y hablaba a todo el mundo con dulzura y amabilidad. Se rodeaba de gente moderada, llamada impía y tráfuga por los pietistas. Se dijo que sus secueces, cuando podían, mataban a los partidarios de Judas. Lo seguro es que éste recorría el país matando a los partidarios de Alcimus, según dice en son de alabanza Josefo.

Con seguridad cada día aumentaban las fuerzas de Judas Macabeo. No se movía de la toparquía de Gofna, donde reorganizaba su ejército. Si hubiera ocurrido un choque, Alcimus y su tropa habrían sido vencidos indefectiblemente. Alcimus fue a Antioquía a manifestar cuál era el estado de las cosas. Nicanor volvió con otro ejército, mostrándose pérfido y cruel. Judas pudo evitar una asechanza que le había preparado el general sirio, le derrotó en Cafarsalama y le obligó a replegarse hacia Akra.

Nicanor fue bien recibido en Jerusalén. Los sacerdotes de Alcimus, saliendo del recinto sagrado, le saludaron respetuosamente y le enseñaron el sacrificio que ofrecían por el rey, del que se reconocían súbditos. Nicanor respondió mal a estos cumplidos, estuvo grosero y amenazador, y declaró que si Judas no se rendía, prendería fuego al templo. Alcimus y sus sacerdotes quedaron consternados.

Nicanor acampó en Betorón con su ejército, al cual se reunió otro cuerpo sirio. Judas acampaba en Adasa, cerca de allí, con tres mil hombres. Era el 13 de Adar del año 161. Nicanor, cuyo ejército debía de ser débil, fue vencido y muerto. Los pueblecillos vecinos, partidarios de Judas, se sublevaron: los aldeanos rodearon a los fugitivos y los mataron. Le cortaron la cabeza a Nicanor y la mano derecha, con la cual había amenazado al templo, y se colgaron en el camino de Jerusalén. Esto fue origen de una fiesta que se celebró desde entonces en Israel con el nombre de «Día de Nicanor».

Parece que esta brillante victoria habría debido poner a Jerusalén en poder de Judas. No fue así. A las pocas semanas, un nuevo ejército sirio, más importante que el de Nicanor, se presentó ante Jerusalén. Lo mandaba Báquidas y le acompañaba Alcimus. Judas estaba en Elasa con tres mil hombres. El desaliento se apoderó de la pequeña tropa, y no le quedaron a Judas más que trescientos hombres. Se le aconsejó que huyera, para volver luego con más gente, pero se negó rotundamente a ello. Judas, como verdadero héroe, trató de reconocer el ala donde estaba Báquidas, se dirigió allí con sus más valientes compañeros, y obtuvo una victoria parcial sobre el ala derecha, pero fue derrotado por la izquierda (abril 161).

Algunos han dicho que fue sepultado en su triunfo. No es así. Fue derrotado en Elasa y vencido su partido por muchos años, pero su causa había de resucitar. Su heroísmo fue el de los fundadores de dinastías, que favorece a los descendientes. La dominación seléucida en Palestina había terminado. El judaísmo fanático nos desagrade, pero representaba la obra humanitaria. Judas tenía razón contra los helenistas, pacíficos y moderados. Su alma grande y valerosa de hombre del pueblo obedecía a hondos instintos. Murió verdaderamente por el porvenir. El hombre valiente tiene también revelaciones y las encuentra en los fuertes latidos de su corazón.

Fue encontrado en el campo de batalla el cadáver de Judas y se le depositó en Modin, junto al de su padre. Más adelante se levantó sobre aquellas tumbas un monumento espléndido.

Báquidas apoyó a unos cuantos impíos, que nombró gobernadores del país. La angustia fue tal, que no se había visto otra parecida desde la desaparición de los profetas. El mal humor del historiador judío es la mejor prueba de la fuerte reacción que hubo contra los fanáticos después de la muerte de Judas Macabeo. Los helenistas y los moderados, llamados «gente sin luz», se hicieron dueños de todo. Báquidas y Alcimus gobernaron con energía y fueron muy duros para los restos del partido de Judas. Se emplearon contra ellos todos los medios de la persecución y la ironía. El nombre de Báquidas fue casi tan execrado como el de Antíoco. Los fanáticos olvidaban que si ellos hubiesen estado en el poder, se habrían portado peor. Cuando los fanáticos están furiosos, es que la máquina del Estado anda bien. El Estado y la libertad no pueden decaer cuando se sujeta a los fanáticos.

Báquidas intentó evitar principalmente la repetición de las expediciones a campo raso. Mandó fortificar muchas poblaciones, renovar los abastecimientos y puso guarnición en todas partes. La ciudadela de Akra se agrandó. Se guardaban en ella como rehenes a los hijos de los judíos notables, cuya fidelidad necesitaba garantías. Por primera vez después de la revolución, el gobierno sirio había recuperado el país.

A Alcimus se le ocurrió hacer lo que Jesús hizo más tarde espiritualmente: demoler el muro del recinto sagrado que separaba a los judíos de los paganos. Esto pareció espantoso y contrario a los profetas y a la Thora. El pontífice prevaricador, porque era tolerante, sufrió un ataque de parálisis (mayo 160): castigo de su atentado, ya que los enemigos de los clericales no tienen derecho a morir sin que el cielo intervenga en ello.

Alcimus no tuvo sucesor y por lo menos durante siete años estuvo vacante el pontificado. Los partidos tolerantes suelen ser tímidos en cosas religiosas. Los judíos helenistas, dueños de la situación, pasaban el tiempo tranquilamente sin pontífice al no poseer una persona que reuniera todas las condiciones exigidas para el pontificado. Esto fue una falta, y por ella pudo encargarse la familia asmónea de la función que, según las ideas judías, equivalía casi a la soberanía.

Se demostró que la sublevación macabea tenía raíces profundas y respondía al sentir de una parte del país, cuando la gavilla de Judas, en vez de disolverse después del desastre de Elasa, se encontró fuerte y decidida. De común acuerdo los partidarios de Judas Macabeo eligieron jefe a su hermano Jonathán, tan valiente y tenaz como Judas pero de un fanatismo más tratable. Su plan de conducta fue, por lo tanto, distinto. Una guerra abierta contra los sirios era imposible, Jonathán, su hermano Simón y toda la tropa decidieron irse al desierto, donde el movimiento nacional había aumentado ocho años antes. Fueron hacia Thekora y se quedaron cerca de un pozo llamado Asfar. Allí llevaron Jonathán y sus compañeros durante siete años una vida de bandidos, muy parecida a la de David en los mismos lugares. Parece que la religión fue para ellos una preocupación de segundo orden. Aquellos santos,

aquellos salvadores de la ley, eran verdaderos bandoleros árabes. Tu- vieron buenas relaciones con los nabateos del Sur del Mar Muerto y les confiaban la custodia de sus mujeres, hijos y equipajes, mientras hacían sus excursiones. Se creó todo un ciclo con el relato de sus aventuras y se celebraron sobre todo sus batallas con los Beni Jamri de Medaba. Juan, apellidado Gaddis, uno de los cinco hijos de Mattathiah, fue capturado y muerto por la gente de aquella familia. Sus hermanos le vengaron. Los Beni Jamri celebraban una boda, y fueron a buscar a la novia a Nada- bath. Ocultos en las montañas, Jonathán y sus compañeros espían a la comitiva que cruzaba el desierto con gran pompa, acompañada de música y tambores. La gente de Jonathán cayó sobre ellos y mató a to- dos los que no pudieron huir a la montaña. Después de esta hazaña, se escondieron en las malezas del Jordán. Al enterarse Báquidas de todo, pasó el río y se presentó con una tropa importante. Jonathán vio a Báqui- das y quiso herirle, pero éste retrocedió un paso y evitó el golpe. La cua- drilla de judíos se echó al Jordán y lo pasó a nado. Los sirios no se atre- vieron a seguirles.

No todo era serio en aquellas luchas en las que existía aún algo de ju- ventud bajo el hielo de la teología. La raza árabe tiene el don de esas aso- ciaciones extrañas en que la gravedad fanática de creyente no excluye los golpes de mano del beduino. Por este fondo de espíritu auténtica- mente militar, guardaba la familia asmónea la energía que el asceti- cismo suele borrar y que es necesaria para que adquiera una sociedad el elemento de fuerza sin el que no puede seguir en pie. La sublevación le- vítica de los asmóneos parecía que no había de producir más que ascetas y sin embargo dio soldados.

Hay que imaginarse al gobierno seléucida como todos los gobiernos orientales que no existen más que en las ciudades. No se hacían sentir en las montañas ni se alargaban nunca al desierto. La montaña y el de- sierto resultan punto de cita de todos los independientes, que llevaban entre ellos una vida muy libre, reservándose para el porvenir. El país, durante aquel tiempo, vivió en paz, viendo atadas las fuerzas anárquicas pero reservándose invocarlas en caso necesario.

Esta época única, donde al parecer dormía el sentimiento religioso, duró para Judea ocho o diez años. Fue un tiempo pacífico, en que todos descansaron con tranquilidad. Se debía esto a los helenizantes y mode- rados, que en principio no rechazaban la dominación siria. Para los que subordinaron la moralidad abstracta a la libertad y consideraron al fana- tismo el mayor de los males, aquellos años fueron muy felices: hubo mu- chas menos matanzas, y el odio se adormeció un poco. El fanatismo del grupo que rodeaba a los hermanos asmóneos decayó mucho. Aquellos santos pasaron a ser bandidos que pasaban el tiempo merodeando en el desierto con los nabateos. Por una parte, esta reunión de bandoleros re- presentaba un papel necesario. Tenían energía y virilidad al modo árabe. Pronto veremos a Jonathán utilizando su gavilla como un instru- mento de fuerza pública y recuperar como gendarme la situación que le hemos visto ocupar como jefe del ejército santo y organizador de fana- tismo.